

Los métodos del conocimiento en Santa Teresa de Jesús

EDUARDO SANZ DE MIGUEL, O.C.D.

1. Introducción

Santa Teresa de Jesús es doctora de la Iglesia, lo que significa que tiene una doctrina “eminente” que enseñar. Ella era consciente y, en sus escritos, muchas veces anota que un capítulo es de mucho provecho o contiene buenas enseñanzas, adquiridas por diversos medios: la lectura de numerosos libros y la reflexión (ella la llama “consideración”), la confrontación con los mejores intelectuales de su tiempo (los “letrados”) y, principalmente, la experiencia personal, a la que se añaden las comunicaciones del Señor. Es doctora por las cosas que enseña y también por cómo las enseña: ha conquistado algunas verdades con mucho esfuerzo y está firmemente convencida de que pueden ser útiles para los demás, por lo que las expone con entusiasmo.

Sufrió los prejuicios de la sociedad de su tiempo contra la posibilidad de que una mujer enseñara, por lo que tuvo que desarrollar numerosos recursos para ganarse la aprobación de sus censores y consejeros. Recordemos sus dificultades al inicio de su vida espiritual, cuando buscaba luz para comprender lo que estaba viviendo: «Me preguntaban algunas cosas; yo respondía con llaneza y descuido. Luego les parecía que los quería enseñar, y que me tenía por sabia» (V 28,17). Por eso, añadirá: «A ellos no los osaba yo contradecir, porque veía que era todo peor, que les parecía poca humildad» (V 29,4). Con el tiempo, irá adquiriendo los medios necesarios para poder transmitir su enseñanza sin despertar rechazos. Por ejemplo, cuando se enfrenta a aquellos letrados que afirmaban que la verdadera oración contemplativa consistía en olvidarse de todo lo creado (incluida la humanidad de Jesucristo) para subir a la desnuda esencia divina. Ella escribe: «Yo no los contradigo, porque son letrados y espirituales, y saben lo que dicen. Yo sólo quiero decir cómo Dios ha llevado mi alma. En lo demás no me entremeto» (V 22,2). Sin embargo, dedica todo el capítulo a expresar sus ideas y a refutar las de sus contra-

rios¹. Sobre el tema volverá varias veces, como cuando afirma: «Esto es una cosa sobre la que escribí largo en otra parte, y aunque me han contradicho en ella y dicho que no lo entiendo [...] a mí no me harán confesar que es buen camino [...] y mirad que oso decir que no creáis a quien os dijere otra cosa» (6M 7,5). Los estudios contemporáneos han dejado suficientemente demostrado que Santa Teresa tiene una intención didáctica al escribir, porque es consciente de que posee una doctrina que transmitir². Aquí no vamos a tratar sobre los contenidos de sus enseñanzas, sino sobre el método con que las ha conseguido.

2. El asombro y el deseo de aprender

Sabemos que el asombro posibilita nuestro aprendizaje desde la primera infancia. Santa Teresa conservó esta capacidad hasta el final (444 veces usa en sus obras el verbo “espantarse” con el sentido de sorprenderse, asombrarse, maravillarse). Sus descripciones de la naturaleza revelan que era una mujer observadora, que sabía mirar con atención. Lo vemos, por ejemplo, cuando escribe, hablando del agua: «Soy tan amiga de ese elemento, que lo he mirado con más advertencia que otras cosas, que en todas las que crió un Dios tan sabio debe haber muchos secretos de los que nos podemos aprovechar (y así lo hacen los que lo entienden), aunque creo que en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita» (4M 2,2) y en otra ocasión: «[además de los libros], me aprovechaba también ver campo, agua o flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador» (V 9,5). Como podemos ver, observa las cosas, se detiene en ellas, convencida que en todas hay más de lo que se percibe a primera vista. De su observación atenta surgen los conocimientos. Con el mismo asombro que mira los objetos exteriores, reflexiona sobre el pro-

¹ En la nota 4 de la *Carta sobre algunos aspectos de la meditación cristiana*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, se cita este capítulo para exponer la verdadera oración cristiana, frente a formas desviadas: «Mostrando a toda la Iglesia el ejemplo y la doctrina de Santa Teresa de Jesús, que en su tiempo debió rechazar la tentación de ciertos métodos que invitaban a prescindir de la Humanidad de Cristo en favor de un vago sumergirse en el abismo de la divinidad, el Papa Juan Pablo II decía en una homilía el 1-XI-1982 que el grito de Teresa de Jesús en favor de una oración enteramente centrada en Cristo “vale también en nuestros días contra algunas técnicas de oración que no se inspiran en el Evangelio y que prácticamente tienden a prescindir de Cristo, en favor de un vacío mental que dentro del cristianismo no tiene sentido. Toda técnica de oración es válida en cuanto se inspira en Cristo y conduce a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida” (cf. Jn 14,6)».

² Basta recordar el estudio de J.A. MARCOS, *Mística y subversiva: Teresa de Jesús. Las estrategias retóricas del discurso místico*, Madrid, 2001.

pio mundo interior. De su atenta observación surgieron los profundos conocimientos que transmite sobre la naturaleza del alma, sobre su gran dignidad y sus grandes capacidades, entre las que subraya la posibilidad de relacionarse con Dios.

En cada página de sus escritos, Santa Teresa nos transmite su deseo de aprender. Nos lo revelan sus continuas referencias a los libros que leyó, a los sabios que consultó³ y a su afición a los sermones (el medio de adquirir formación en la época). En sus Constituciones, escribe: «Tenga en cuenta la priora de que haya buenos libros [...] porque es tan necesario este mantenimiento para el alma, como el comer para el cuerpo» (Cons 8). Y recomienda, antes de tomar decisiones importantes, asesorarse siempre con personas de estudios, especialmente en lo que se refiere a la vida espiritual:

Aunque para esto parece que no son menester letras, mi opinión ha sido siempre y será que todos los cristianos procuren tratar con quien las tenga buenas, si puede, y cuantas más, mejor. Y los que van por camino de oración tienen de esto mayor necesidad y mientras más espirituales son, más [...] He dicho esto porque algunos piensan que la gente de oración no necesita de los letrados, si no tienen espíritu. Ya dije que es necesario maestro espiritual; más si éste no es letrado, es un gran inconveniente. Y tratar con letrados es de mucha ayuda, si son virtuosos (V 13,18-19).

3. El buen entendimiento

Teresa quiere en sus comunidades monjas que tengan «buen entendimiento». Con esta palabra se refiere a las capacidades intelectuales, pero también a la disposición para aprender y al sentido común. Prefiere una monja lista y pobre a una con buena dote, pero con pocas luces. Por eso advierte que, para vivir en comunidad, no basta la buena voluntad, si falta la inteligencia. En la vida religiosa, una persona inteligente siempre puede ser útil, incluso si no es muy espiritual (con que no falte a sus obligaciones, por supuesto), mientras que otra poco inteligente puede crear serios problemas y envenenar las relaciones, principalmente porque muchas veces no entiende lo que quieren decirle, porque malinterpreta las palabras de los demás y porque no se deja enseñar ni corregir:

Va mucho en mirar qué talento tiene la que entra y que no sea sólo por remediarse (como acaecerá a muchas). Dios puede perfeccionar este intento, si es persona de buen entendimiento; que si no, en ninguna mane-

³ Sólo en la Cuenta de Conciencia 53, escrita en Sevilla como defensa de su modo de proceder ante la Inquisición, cita 19 nominalmente.

ra se acepte, porque ni ella se entenderá a sí misma ni entenderá después a las que quieren ayudarla. Porque (por la mayor parte) quien este mal tiene, siempre le parece que sabe mejor lo que le conviene que los más sabios, y es mal que tengo por incurable [...] Un buen entendimiento, si comienza a aficionarse al bien, se agarra a él con fuerza, porque ve que es lo más acertado y, aunque no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo y para muchas otras cosas [...] Cuando el entendimiento falta, yo no sé para qué puede aprovechar y hará mucho daño (CE 21,1-2)⁴.

También quiere que los maestros y confesores sean inteligentes (tengan buen entendimiento), espirituales y, si es posible, estén bien formados: «Así que importa mucho que el maestro sea avisado – digo de buen entendimiento – y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es grandísimo negocio» (V 13, 16). De hecho, alaba a San Pedro de Alcántara porque «era muy afable [...] tenía muy lindo entendimiento» (V 27,18). Palabras similares dedica a su “Senequita”, San Juan de la Cruz: «Es cuerdo [...] tiene mucha oración y buen entendimiento» (Carta 13, de 1568 a Francisco de Salcedo).

Su alta estima por la inteligencia y la formación no le impiden, sin embargo, tomar partido a favor de los “espirituales” frente a los “letrados” en las polémicas de su época sobre la oración y sus métodos⁵. Tras afirmar que «gran cosa es el saber y letras para todo» (4M 1,5), añade que «para aprovechar en este camino [de la oración] y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho,

⁴ «Era extrañamente amiga del buen entendimiento. Fuera del llamamiento de Dios, lo que más sin comparación miraba en las que había de recibir, aunque fuese como hermanas legas, era el entendimiento que tenían. Los que conocían su santidad y cuán amiga era de la oración, procuraban alabar mucho la devoción de las que traían y el ejercicio que tenían de oración; porque por aquí pensaban que la habían de ganar la voluntad, para que las recibiese. Y ella hacía tan poco caso de eso, que todo se le iba en informarse del entendimiento que tenían. Yo fui uno de esos, y maravillándome de ello le pregunté la causa, y me dijo: “Padre, la devoción acá se la dará nuestro Señor, y la oración acá se le enseñará; pero si no tienen buen entendimiento, no se le darán acá. Y fuera de esto, una monja devota y sierva de Dios, si no tiene entendimiento, no sirve más que para sí; si tiene entendimiento, aprovéchame para gobernar a otras y para todos los oficios que son menester”. También daba otra causa: “que la que tiene mal entendimiento, ni cae en las faltas que tiene ni las sabe conocer, aunque se las avisen y siempre piensa que acierta, y no hay quien la saque de allí ni la haga rendir a su juicio”», F. RIBERA, *La vida de la M. Teresa*, libro 4, cap. 24.

⁵ «Los teólogos y los escritores espirituales, sobre todo a partir del s. XII, se preocuparon de solucionar el problema de las relaciones entre el entendimiento y la voluntad, entre el conocimiento y el amor. La diversa postura adoptada dividió a los pensadores, místicos y escolásticos, en dos grandes corrientes: los intelectualistas y los afectivistas, según diesen la precedencia al conocimiento o a la voluntad», D. DE PABLO, *Amor y conocimiento en la vida mística*, Madrid, 1979, p. 211.

sino en amar mucho» (4M 1,7). De hecho, hablando de la unión con Dios, contraponen el amor y la humildad de la Virgen, que dejó libre a Dios para que realizara su proyecto en ella, a la soberbia de algunos letrados, que parece que quieren indicarle a Dios cómo tiene que actuar. Para ella, la verdadera sabiduría comienza por aceptar que Dios es más grande que nuestros razonamientos:

Aquí hay que rendir nuestros entendimientos y pensar que para entender las grandezas de Dios no sirven. Aquí viene bien acordarnos cómo actuó la Virgen, nuestra Señora, con toda la sabiduría que tuvo. Ella preguntó al ángel: “¿Cómo será eso?”. Él respondió: “El Espíritu del Señor vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”. Ella no curó de más disputas. Como tenía tan gran fe y sabiduría, enseguida entendió que, interviniendo estas dos cosas, no había más que saber o dudar. No como algunos letrados (que no les lleva el Señor por este modo de oración, ni tienen principio de espíritu) que quieren llevar las cosas por tanta razón y tan medidas por sus entendimientos que se creen que ellos, con sus letras, pueden comprender algo de la grandeza de Dios. ¡Si aprendiesen algo de la humildad de la Virgen! (*Meditaciones sobre los Cantares*, 6,7).

Su camino de oración privilegia la afectividad, el amor. El entendimiento conserva su importancia, pero es siempre una instancia al servicio de la voluntad, que es el único medio para alcanzar el verdadero conocimiento de Dios y la unión con Él.

4. El camino de la oración

Todos sabemos que Santa Teresa es maestra de oración y también que la define como «un trato de amistad» (V 8,6). Al hablar de su práctica específica que «la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración, no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser con consideración; porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es quien pide y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios» (1M 1,7). Palabras similares dice cuando explica la diferencia entre oración vocal, oración mental y contemplación. La segunda es «pensar y entender qué hablamos y con quién hablamos y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor; pensar esto y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servirle es oración mental. No penséis que es otra cosa más difícil ni os extrañe el nombre» (CE 41,3).

Es decir, que la oración, para ser verdadera, ha de ir acompañada de la “consideración” (verbo usado 150 veces en sus obras, con el

sentido de pensar, reflexionar, discurrir, meditar) sobre quién es el que habla (conocimiento de sí) y a quién habla (conocimiento de Dios). Aunque más adelante veremos que la “consideración” sirve para el conocimiento de Dios sólo hasta cierto punto, en que ha de ser dejada de lado para pasar a un conocimiento que se consigue sólo con el amor (pero conocimiento, al fin y al cabo).

5. La humildad o el conocimiento de sí

Quienes tratan y escriben de oración, muchas veces no dedican ninguna atención al conocimiento del propio yo. En nuestros días, parece que estas cosas se deberían dejar sólo a la psicología. Sin embargo, para Santa Teresa, el conocimiento de sí (o conocimiento propio, del que habla en 20 ocasiones) adquiere una importancia fundamental en la vida de oración, hasta el punto de que no puede haber verdadera oración si esto falla⁶. El conocimiento de sí es el primer grado de la oración (las primeras Moradas) y no hay verdaderas gracias místicas sin previo conocimiento propio. Para justificar que no se deben buscar las experiencias extraordinarias, si Dios no las da, ofrece seis razones, de las que «la primera, porque es falta de humildad querer vos que se os dé lo que nunca habéis merecido [...] porque así como un bajo labrador está lejos de desear ser rey, pareciéndole imposible, porque no lo merece, así lo está el humilde de cosas semejantes; y creo yo que nunca se darán [esos deseos] porque primero da Dios un gran conocimiento propio que hace esas mercedes» (6M 9,16).

Pero el conocimiento de sí no se reduce a una práctica de los inicios, sino que debe acompañar todo el proceso oracional y crecer a medida que la oración es más profunda:

Esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni en este camino hay alma tan gigante que no haya menester muchas veces tornar a ser niño y a mamar (y esto jamás se olvide, quizás lo diré más veces, porque importa mucho); porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio, y en esto de los pecados y conocimiento propio, es el pan con que se han de comer todos los manjares, por delicados que sean, en este camino de oración, y sin este pan no se podrían sustentar (V 13,15).

⁶ «El segundo tema centra su atención en uno de los elementos que, quizás, han pasado más desapercibidos en el ámbito de la oración teresiana, y que tiene una importancia fundamental: el conocimiento de sí. En diversas escuelas de meditación oriental este elemento juega un papel central. Aquí se demuestra cómo para Teresa de Jesús es consustancial a la oración que ha de construirse desde el ser y la vida misma del hombre». F.J. SANCHO-FERMÍN (ed.), *Autoconocimiento en la meditación teresiana*, México D.F., 2005, p. 7.

En este sentido, aunque el tema esté hoy bastante descuidado, Santa Teresa se pone en relación con un argumento fundamental en toda la historia del pensamiento occidental, empezando por la inscripción del templo de Delfos, recogida por Sócrates, que hizo del *Conócete a ti mismo* la regla fundamental de su ética. Séneca, Epícteto y Marco Aurelio lo retomaron y, en ámbito cristiano, Orígenes, San Basilio, San Gregorio de Nisa, San Ambrosio, San Agustín, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y Santa Catalina de Siena, entre otros⁷.

Santa Teresa, hablando de la primera manera de regar el huerto (primer grado de oración), afirma que «este edificio todo va fundado en humildad» (V 12,4). En otro lugar dice que la humildad coincide con el propio conocimiento, que es el contenido específico de las primeras Moradas, como ya hemos dicho. Para ella, humildad, conocimiento de sí y verdad están tan relacionadas entre sí que son inseparables:

Una vez estaba yo considerando por qué razón Nuestro Señor es tan amigo de esta virtud de la humildad, y se me puso esto delante [...] que es porque Dios es suma Verdad y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada, y quien esto no entiende, anda en mentira. Quien lo entiende mejor, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Dios quiera, hermanas, concedernos no salir jamás de este propio conocimiento. Amén (6M 10,8).

Como vemos, para Santa Teresa, la primera dimensión de la humildad es el *respeto por la verdad*⁸ (la honestidad) y el deseo de alcanzarla. Es decir, la humildad es la disponibilidad a buscar la verdad, a aceptarla y a someterse a ella (aunque cueste), lo que significa aceptar ayuda de los otros, dejarse aconsejar y corregir. Para esto se necesita vencer el orgullo (la incapacidad de aceptar correcciones, el pensar que no necesitamos de nadie). Como ya hemos visto, Santa Teresa está

⁷ «Sócrates inaugura, por así decirlo, la reflexión sobre el conocimiento de sí mismo en el ámbito de la filosofía, afirmando que una vida sin examen no merece ser vivida [...] Los autores cristianos han abierto los campos de reflexión acerca de la realidad del hombre: se profundiza en la necesidad de volver a sí mismo para progresar en la vida interior». E.F. DÍAZ-COVARRUBIAS ESTRADA, *El conocimiento de sí, fundamento de la vida espiritual en la doctrina de Santa Catalina de Siena*, tesis de doctorado en teología, Roma, 2005, p. 107-109.

⁸ «Humildad es el reconocimiento de uno mismo, de los otros y de Dios, tal como somos realmente, sin añadir ni quitar nada (por ejemplo, cualidades, conocimientos, etc). En este sentido, humildad es la verdad en el conocimiento de uno mismo y de todo lo que, estando más allá de nosotros mismos, nos trasciende». M.E. GÓMEZ DE PEDRO, *Humildad es andar en verdad*. Ponencia en el Congreso tomista internacional *L'umanesimo cristiano nel III millennio*, Roma, 2003, en [acceso 26-04-2010] <http://www.e-aquinas.net/pdf/gomez.pdf>.

convencida de que una persona inteligente se deja enseñar y corregir. Por el contrario, quien no lo es (porque no tiene buen entendimiento), se siente humillado cuando alguien quiere enseñarle o corregirle. Por eso, en sus conventos no aceptaba monjas que no tuvieran un buen entendimiento⁹.

En segundo lugar, la humildad es *aceptación gozosa de nuestras inmensas capacidades*, asumiendo que las hemos recibido, por lo que no podemos vanagloriarnos de ellas. Es de sobra conocida su descripción del alma como un castillo lleno de tesoros, así como sus repetidas invitaciones a tomar conciencia de ello:

No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad; y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla [...] basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no nos entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro de esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos (1M 1,1-2).

Algo tan propio de algunas espiritualidades como ignorar los propios dones o despreciarlos, a ella le parece una falsa humildad, que puede hacer mucho daño: «No haga caso de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humildad no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien, como es de verdad, que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro [...] creer que no somos capaces de grandes bienes, acobarda el ánimo [...] ¿Cómo aprovechará y gastará con largueza el que no ve y entiende que es rico?» (V 10, 4-6).

Por último, la humildad se plasma en el *reconocimiento de nuestras limitaciones*, en la aceptación de que nuestras capacidades no son suficientes para abarcar a Dios ni para unírnos con Él, por lo que una y otra cosa (conocimiento de Dios y unión con Dios) han de ser acogidas como regalos suyos. Esta aceptación de nuestras limitaciones nunca puede ir acompañada de autorrechazo o de sentimientos

⁹ Si hubiera tenido mayor acceso a la Biblia, le habría gustado leer en ella: «Si reprendes al sabio, te lo agradecerá; si reprendes al necio, te aborrecerá» (Prov 9,8).

morbosos de culpabilidad. Eso no lo considera Santa Teresa humildad, sino tentaciones. Por el contrario, la aceptación sana de la propia debilidad nos abre a la misericordia de Dios y nos enseña a poner sólo en Él nuestra confianza:

Guardaos, hijas, de unas humildades que pone el demonio con gran inquietud, de la gravedad de pecados pasados, de si merezco acercarme al Sacramento, si me dispuse bien, que no soy para vivir entre buenos. Cosas de éstas que son de estimar cuando vienen con sosiego y regalo y gusto, como las trae consigo el conocimiento propio. Pero si viene con alboroto e inquietud y apretamiento del alma y no poder sosegar el pensamiento, creed que es tentación y no os tengáis por humildes, que no vienen de ahí” (CE 67,5)¹⁰.

6. El conocimiento de Dios

Ya hemos visto la importancia que Santa Teresa da al conocimiento de sí, por medio de la «consideración», hasta el punto de afirmar que «El conocimiento propio es el pan con que se han de comer todos los manjares» (V 13,15). Pero justo a continuación, añade: «Mas se ha de comer con tasa (con medida), que después que un alma se ve ya rendida y entiende claro que no tiene cosa buena de sí y se ve avergonzada delante de tan gran Rey y ve lo poco que le paga lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí?» (V 13,15). Es el momento de pasar al conocimiento de Dios, que se alcanza, en primer lugar, poniendo los ojos en Cristo. Es un tema que repite continuamente. Aquí recordamos sólomente el famoso capítulo 22 del *Libro de la*

¹⁰ En la segunda redacción del *Camino de Perfección* profundiza más en el tema: «Pues guardaos también, hijas, de unas humildades que pone el demonio con gran inquietud de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones y de tener oración particular por no merecerlo [...] Mirad mucho, hijas, en este punto que os diré, porque algunas veces podrá ser humildad y virtud teneros por tan ruin, y otras será grandísima tentación. Porque yo he pasado por ella, la conozco. La humildad no inquieta ni desasosiega ni alborota el alma, por grande que sea; sino viene con paz y regalo y sosiego. Aunque uno, de verse ruin, entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige y le parece con justicia que todos le habían de aborrecer, y no osa casi pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no querríamos vernos sin ella. No alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena [la que pone el demonio] todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa. Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad, y si pudiese, de paso, que desconfiemos de Dios. Cuando así os halléis, apartad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudieréis, y ponedle en la misericordia de Dios y en lo que nos ama y padeció por nosotros» (CV 39,1-4).

Vida, con su apasionada defensa de la contemplación de la Sacratísima Humanidad de Cristo, que «por esta puerta hemos de entrar si queremos que la soberana Majestad nos muestre grandes secretos» (V 22,6). Recomienda encarecidamente que nunca nos cansemos de pensar en Cristo y en los misterios de su vida, porque esto produce buenos frutos para el entendimiento y para la voluntad:

Llamo yo meditación a discurrir mucho con el entendimiento de esta manera: comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida; o comenzamos en la oración del Huerto y no para el entendimiento hasta que está puesto en la cruz; o tomamos un paso de la Pasión, como el prendimiento, y andamos en este misterio, considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y que sentir, así de la traición de Judas, como de la huida de los apóstoles y todo lo demás; y es admirable y muy meritoria oración [...] entiende el alma estos misterios por manera más perfecta: y es que se los representa el entendimiento, y se imprimen en la memoria [...] luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, a desear servir en algo tan gran merced y a desear padecer algo por quien tanto padeció y a otras cosas semejantes, en que ocupa la memoria y el entendimiento (6M 7,10-11).

Recordando, una vez más, la importancia del conocimiento de sí, dice que es como la abeja, que trabaja en la colmena, pero añade que por sí solo no basta y que hay que completarlo con el conocimiento de Dios, al que compara con el néctar de las flores, verdadera materia prima para la fabricación de la miel:

Consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores. Así debe hacer el alma en el propio conocimiento, créame y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí entenderá su bajeza mejor que en sí misma (y más libre de las sabandijas que entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento); que aunque, como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite en esto, tan exceso es pasarse como quedarse corto, como suelen decir. Y créanme, que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud que muy atadas a nuestra tierra (1M 2,8-9).

El conocimiento de Dios, además, ayuda a que el conocimiento de sí sea más profundo: «Jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes» (1M 2,9)¹¹. Si el conocimiento de sí se adquiere por la «consideración», el

¹¹ Tema desarrollado por extenso en la poesía «Alma, buscarte has en mí y a

conocimiento de Dios empieza por ahí, pero para llegar a niveles profundos tiene que pasar de la operación de la inteligencia a la del amor. Además, no todas las personas son capaces de trabajar con el entendimiento, pero todas son capaces de amar: «He encontrado algunos que les parece está todo el negocio en el pensamiento [...] No digo que no es merced del Señor quien siempre puede estar meditando en sus obras, y es bien que se procure; mas se ha de entender que no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amar [...] por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho» (F 5,2).

La oración mental (la meditación) prepara a la oración de recogimiento, que es el medio para disponerse a la contemplación, que no podemos conseguir con nuestro esfuerzo, sino que es don de Dios. Sólo podemos disponernos (cf. 5M 2,1). De hecho, en la oración vocal y en la mental, «nosotros podemos algo, con el favor de Dios. En la contemplación, ninguna cosa. Dios es el que lo hace todo, que es cosa suya, sobre nuestro natural» (CE 41,3). Por eso, llegados a este punto,

Quien menos piensa y quiere hacer, hace más. [...] No será malo procurar no obrar con el entendimiento, si podemos. [...] Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece que Su Majestad puso límite y las quiso dejar para Sí. [...] Cuando su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera y da una luz en el conocimiento, tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces, sin saber cómo, queda muy mejor enseñado que no con todas nuestras diligencias (4M 3, 5-6).

Para comprender mejor a Santa Teresa en este punto, recordemos aquí un principio esencial de la teoría del conocimiento: cada objeto de conocimiento tiene su propio método. Por ejemplo, sólo puedo entender las matemáticas asumiendo un pensamiento matemático. Pero el pensamiento matemático no me sirve para comprender la poesía. Con un pensamiento matemático puedo estudiar la composición de unos versos, su perfección técnica (el número de sílabas o las rimas, por ejemplo), pero no los sentimientos que transmite. Bécquer decía que, si se analiza un texto literario con criterios no literarios, se lo destroza. Es como si un médico pretendiera estudiar un cuerpo vivo diseccionándolo, lo convertiría en un cadáver: «podrá revelar el mecanismo del cuerpo humano (entiéndase el poema), pero los fenómenos del alma, el secreto de la vida, ¿cómo se estudian en un cadáver?»¹².

mí buscarme has en ti». Cf. el interesante estudio de J.M. MORENILLA DELGADO, *Conocimiento de sí mismo como conocimiento del amante en el amado, según Teresa de Jesús*, tesis de doctorado en filosofía, Roma, 1985.

¹² Citado en J.M. GONZÁLEZ-SERNA SÁNCHEZ, *Gustavo Adolfo Bécquer. Teoría*

Lo mismo podemos decir del misterio de Dios: un conocimiento profundo de su misterio no puede proceder sólo de la reflexión humana. Puede darse un conocimiento de su existencia o de algunos de sus atributos, pero su misterio permanece inaccesible. De ahí que Dios diga a Moisés que no puede ver su rostro y sólo le manifieste «sus espaldas» (cf. Ex 33,23)¹³ o que San Juan recuerde que «a Dios nadie lo ha visto nunca» (Jn 1,18)¹⁴. Jesús mismo afirma con rotundidad que «nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,25-27; cf. Lc 10,21). Santa Teresa lo experimentó y lo afirma con insistencia: nuestras capacidades intelectuales no son suficientes para conocer a Dios pero, si nos unimos a Cristo por el amor, Él nos revela los secretos de Dios, sin que se pueda decir cómo sucede. Santa Teresa buscaba las palabras adecuadas para explicarlo y no las encontraba. Entonces se le ocurrió lo siguiente: «Como no puede entender lo que entiende, es un no entender entendiendo» (V 18,1.14). Quiriendo decirlo con más claridad, no lo conseguía, por lo que terminó escribiendo, con un gran sentido del humor: «Se entiende que se goza un bien, adonde juntos se encierran todos los bienes. [...] El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende; al menos no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece que entiende, porque – como digo – no se entiende. ¡Yo no acabo de entender esto!» (Ibid.). Ella afirma claramente que en la unión con Dios no actúa el entendimiento humano, pero se conocen grandes misterios, sin saber cómo. De hecho, en el capítulo siguiente, añade: «Su vida pasada se le representa después y la gran misericordia de Dios, con gran verdad y sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender» (V 19,2). San Juan de la Cruz comentó esta experiencia de Santa Teresa y suya propia, en su poesía: «Entréme donde no supe / y quedéme no sabiendo, / toda ciencia trascendiendo. / Yo no supe dónde estaba, / pero, cuando allí me vi, / sin saber dónde me estaba, / grandes cosas entendí [...] Y, si lo queréis oír, / consiste esta suma ciencia / en un subido sentir / de la divinal esencia; / es obra de su clemencia / hacer quedar no entendiendo, / toda ciencia trascendiendo».

poética y conexiones con la modernidad, en [acceso 27-04-2010] <http://www.auladeletras.net/material/becquer.pdf>.

¹³ Lo que equivale a decir que sólo puede entender una parte de su misterio, pequeña y secundaria.

¹⁴ Verlo equivaldría a comprenderlo. Por eso, el Hijo que lo ha visto y lo comprende «nos lo ha revelado» (Jn 1,18). El verbo usado es *exegeomai*; es decir, nos los ha explicado o interpretado, nos ha hecho la exégesis.

7. Conclusión

Santa Teresa manifiesta en sus escritos una gran capacidad de asombro y un constante deseo de aprender. Lo demuestra, especialmente, en su amor a los libros y a los estudios (a las “letras”, dice ella). Dios la dotó de un buen entendimiento, que ella se esforzó por cultivar (aunque muchas veces afirme lo contrario, como recurso para no parecer soberbia, atreviéndose a enseñar y a escribir sobre cosas espirituales). Es una verdadera maestra en el campo de la introspección y del conocimiento propio, que considera el primer grado de la oración, fundamento de la vida espiritual y absolutamente necesario para crecer en la vida interior. Para que sea positivo y fecundo, el conocimiento de sí (de la propia pequeñez y miseria) debe ir unido al conocimiento de Dios en sí (origen de la propia grandeza y dignidad). Reconocerse como imagen de Dios, amada por Él, habitada¹⁵ y capacitada «para tener conversación no menos que con Dios» (1M 1,6), hace que brote en ella el amor, ya que «amor saca amor» (V 22,14). Ese amor posibilita la unión con Dios que es, a su vez, fuente de un conocimiento más profundo, muchas veces no verbalizable, pero real. Para Santa Teresa, la vida es la demostración de que la oración es verdadera. De la misma manera, los frutos que brotan de la unión con Dios son la manifestación de que ésta se ha dado y no es sólo un producto de la propia imaginación: «Se entienden bien las grandísimas ganancias que saca un alma de allí por los efectos y por las virtudes y la viva fe que le queda y el desprecio del mundo. Más cómo se le dieron esos bienes no se entiende» (*Meditaciones sobre los Cantares*, 6,6).

Abstract. – Saint Theresa of Avila is a Doctor of the Church, which essentially means she has an “eminent” doctrine to impart. She was indeed conscious of this position as, in her writings, she demonstrates a clear didactic intention. This was the case although she uses some rhetorical resources in order to avoid raising the suspicions of the censors of that age who were no willing to accept teachings from a person that had two “limitations”, given contemporary biases: she was a woman and she was spiritual. This article does not focus on her teachings but rather, it delves into the process through which she arrived at her knowledge: her sense of awe and desire to learn, reading and reflection and, awareness of self and of God in prayer.

Key words (in spanish): Teresa de Avila – conocimiento – aprendizaje – enseñanza.

¹⁵ «Es menester para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior» (CE 48,2).